

UN HOMBRE DE CAMINOS

Es un deber escribir sobre Alfonso Reyes como de algo muy vivo y distinto que desarrolla, que esparce realidades y sorpresas en su trayectoria. No le demos el gusto —o el dolor—, de obligarlo a preguntarse frente a nuestras palabras si estará presenciando su fin de cuentas, oyendo su oración fúnebre.

Conviene, pues, ajustar nuestros juicios a la alegre y sonriente juventud madura que atraviesa, ya que no es fácil ajustarse a la clara inteligencia que preside todos sus momentos. Conviene también no colocarle en torno un ambiente físico, un aire denso —el aire sólido que patentó Zuloaga—, que deforme, extraño, su figura.

Presentémoslo ágil y curioso, mostrando un espíritu independiente, sobre las variadas disciplinas espirituales, entre los vientos extranjeros que han contribuído a ensanchar sus pulmones, a regular, sana, perfecta, su respiración.

Reyes, hombre de letras, inteligencia abierta a perspectivas ilimitadas, no puede restringir su campo de trabajo. Conserva, en cambio, despejado el horizonte para asomarse con placer al espectáculo total del mundo. A hombres como él podemos representarlos en un promontorio junto al cruce de muchos caminos —la mano sirviendo de visera a la frente—, abarcando y apretando la mayor extensión posible, pero con un camino predilecto, al que a veces fingen no ver, pero por el que optarán en el caso de tener que abandonar su sitio. Claro que para Alfonso Reyes este camino se llama México, en América; se llama España, en Europa.

Los Caminos de Europa

Apartando la preferencia que hacia España se palpa a través de todos los escritos de Reyes, y que se explica mejor por el culto a la tradición por él amada siempre, que por su larga y posterior estan-

cia en tierras españolas, como muchos observadores superficiales han querido ver, se advierte en su obra la solicitud de otras dos literaturas, de otras dos naciones: Francia e Inglaterra.

Curioso de toda manifestación artística antigua y moderna, desde su primer libro, y junto a la seducción esencial del arte griego, aparecían ya sus predilecciones francesas e inglesas. Mallarmé o Flaubert podrían representar las primeras; Wilde, las segundas.

De Francia ha probado los vinos sin hallarlos extraños; antes familiares a su paladar. ¡Cuánto de francés por su carácter e inteligencia, por su curiosidad inagotable, por el seguro conocimiento de sus propios alcances! ¿Ha fijado alguien su parentesco con Gourmont?

De Inglaterra, a la que parece haber llegado primero por mediación de los griegos —estudios de Coleridge, Pater, Wilde—, ha alimentado y depurado su virtuosismo ideológico, cultivando su humorismo, vertiendo, en pago, a nuestra lengua, obras de Sterne, de Stevenson, de Chesterton.

Amante de poner su personalidad a prueba de nuevos y variados conocimientos, se ha asomado también a las literaturas de Italia y Alemania, con menos fervor quizás, pero con no menor inteligencia e instinto. De Alemania, a la que aprendió a conocer estudiando a los griegos —Grecia fué para él, como es para todos, medio y fin de puros conocimientos—, principió con Lessing, con Goethe y con el mitólogo Otfried Müller, en cuya muerte ha cantado. De Italia muestra menor cantidad de conocimientos. Sin embargo, Reyes ha seguido desde la vida real e imaginaria de Lucrezia d' Alagno hasta la obra de Papini del que ha hecho, con su economía y acierto habituales, juicios afilados, pasando ¡claro! por cierta justa insistencia al reclamar menos despego y más conocimiento de la obra de Croce, maestro de muchos.

El Camino de España

Hablando del maestro Ortega y Gasset y de su incompleto via-

je por América, Reyes ha concluído en que podamos decir, con una sonrisa, que José Ortega y Gasset descubrió América. No digamos ni por un instante, ni con una sonrisa, que Alfonso Reyes descubrió España. Ningún americano de mediana cultura corre el riesgo de ser el Cristóbal Colón de tierras españolas. El conocimiento de España, afianzado en nosotros por largas, profundas raíces, llega a cada espíritu insensiblemente, sin sonrisas y, ahora, sin pasiones.

Podemos decir, en cambio, sin sonrisa, que Alfonso Reyes conquistó a España. Hay conquistas y conquistas. La suya fué lenta pero minuciosa y segura, apoyada en conocimientos cuidadosos, fruto de entusiasmo y amor verdaderos. Inicióse temprano y fué valiosa desde entonces. Preludiaba ya en *Cuestiones estéticas* con un estudio acerca de *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro y con otro *Sobre la estética de Góngora*. En sus manos, y por el detenido estudio que de él hacía, fué Góngora su primer arma de conquista, arma deliciosa y poderosa. Al estudio mencionado siguieron varios más —siempre en torno de Góngora— publicados, ya en la *Revue Hispanique* de París, ya en la *Revista de Filología Española*, ya en el Boletín de la Real Academia; estudios que acabaron por acreditarlo como el crítico mejor preparado para tratar cuestiones gongorinas. Logró así Alfonso Reyes las primeras posiciones en terreno español. Y ya por ese tiempo su nombre apareció alternando con los de Díez-Canedo, Solalinde y Menéndez Pidal, en ediciones de clásicos españoles cuyo estudio y anotaciones se le encomendaron, seguros de su competencia y méritos.

Paralelo a esos triunfos —destreza de su gusto— corría ya su conocimiento y comprensión del ambiente, de los tipos, del paisaje de España . . . A la conquista por la inteligencia sucedía la conquista con los sentidos. Abriendo bien los ojos —y aquí por los ojos entiéndase los sentidos todos—, sin abrirlos desmesuradamente, fué captando los diversos aspectos de la vida en Madrid, para expresarlos luego, vivos, saturados de superior realidad, ricos en comunicaciones y reflejos.

Claro que esta conquista fué, como todas las conquistas, recíproca. Madrid lo venció entregándosele; y así él recibió con sus hombres, y sus ideas y sus panoramas, la cultura de virtudes, de cualidades acendradas, hijas de miles de años, que han acabado por rodearlo con un firme y para él inolvidable círculo.

A las anteriores conquistas sigue otra más, lograda con todas las armas reunidas, añadiendo a ellas la discreción de sus maneras y su exquisita cortesía —¿no hemos dicho ya, y perdón por el retruécano, que Alfonso Reyes fué Cortés en tierras españolas?—. Se trata del triunfo de la consideración, de la amistad y solidaridad conseguida entre hombres de letras de allá. Se trata, claro, de la aristocracia intelectual, cerrada, indiferente ante las reputaciones oficiales, ante los abrazos retóricos de los hispanoamericanistas. Junto a Díez-Canedo, junto a Azorín, o a la sombra de Valle Inclán o de Unamuno, en el silencio que quiere Juan Ramón Jiménez, bajo las inspiraciones de Eugenio d'Ors, o al lado derecho de Ortega y Gasset, ha acordado el pulso de su vida y de su arte, no sin alargar la mano comprensiva a los más jóvenes.

En España se le considera como *de casa*, más por el natural enlace que da la campaña común de la vida literaria que por las raíces que en ella haya enterrado su obra —obra, al cabo, de imaginación que desborda los límites de lo individual, de lo nacional, de lo racial, para situarse en el plano de lo humano artístico.

El Camino de América

Espíritu de mesurada persuasión, Alfonso Reyes no ha querido ser en América un maestro de juventudes, quizá porque comprende cuánto limita una postura de dogmatismo y admonición. Su conocimiento, su trato con las cosas que se refieren a nuestro continente, es, aunque cuidadoso y paciente, alejado. Tal vez por ello ha logrado ver y sentir con serenidad conflictos que los iberoamericanistas defienden con entusiasmo pero con pasión ciega.

Atento a los más diversos problemas, los ha resuelto con exactitud y juicio; ha señalado injusticias y desconocimiento de nuestra lengua y literatura, y lo ha hecho con inteligencia y, a menudo, con ironía. Así ha meditado en el peligro de que se tome en cuenta a Gourmont sus frases sobre una lengua *neo española*, existente sólo en la imaginación del gran francés; para rechazar esta afirmación equivocada, acude a señalar los mejores gramáticos que en el siglo XIX ha tenido la vieja y única lengua española: Bello y Cuervo, ambos americanos. Así, también, ha reprochado a los hispanistas norteamericanos —al mismo Fitzgerald—, su incompleta información y sus graves omisiones cuando se trata de estudiar y considerar a los escritores contemporáneos de habla española. De imperdonables faltas se ha lamentado frente a los estudiosos hispanistas de Estados Unidos encontrando, al fin, en ellos, “un elemento irreducible de incompreensión”.

Cuando trata la desdeñosa actitud de Pío Baroja contra América, y tras de recomendar no se conceda demasiada seriedad a ligerezas, caprichos del mal humor —y del mal gusto—, logra formular sentencias definitivas respecto al valor que España representa para los jóvenes pueblos de América. Piensa que la España de hoy no es por más tiempo nuestra “Madre”, ni nos aguanta ya en el regazo, que mejor nos quiere como camarada de su nueva infancia, que ahora es algo como “nuestra prima carnal”.

¿Qué importa —pensamos nosotros apoyados en sus informaciones—, que el conocimiento de nuestra América haya sido imperfecto si ahora se anuncia comprensivo; si Valle Inclán y Unamuno, si Araquistáin y Azorín vuelven los ojos con interés a la América que se integra; si Díez-Canedo sigue y comenta nuestras letras con un amor ilimitado; si el mismo Ortega y Gasset —cuya voz, hasta en sus posturas más inestables, anuncia a España un tiempo nuevo— cree que en América está el camino de la raza española?

De estas voluntades inquietas o estudiosas, útiles siempre para el continente nuevo, nuestro escritor ha ganado no pocas.

Pero hay además en Alfonso Reyes una visión más concreta, construída ya no por relaciones y comparación, sino limitada por la preferencia de figuras, de obras de algunos grandes de América: Bolívar, Montalvo, Martí, Darío, Rodó. Sobre muchos de ellos ha fijado conceptos y dicho cosas inmejorables; sobre Darío, sobre Rodó, ha insistido con devoción ejemplar.

El Camino de México

Para Reyes existe *la América que ríe y que juega*; existe al mismo tiempo, *la América que llora y combate*. Si la República Argentina representa la tierra de robusta quietud, de reposado júbilo, México sintetiza el grito y la turbulencia. Ambos aspectos de la vida americana son igualmente nobles a sus ojos.

Alejado del México estoico, lo ha seguido siempre con apasionada inteligencia, repasando sus gestos de ayer, meditando en sus actuales gestos. Y ha sido para él preocupación constante ahondar e insistir en la tarea de encontrar el carácter, el alma nacional, ya en creaciones directas: versos, ensayos; ya en re-interpretaciones históricas, sin la limitación que la palabra historia trae consigo. Su *Visión de Anáhuac*, obra sólida en la que el dato histórico y el paisaje aparecen vivos, vueltos a crear, es una prueba realizada de su intento.

Su conocimiento de nuestras letras lo asegura como su crítico más entendido y sagaz. Lo mismo en el comentario animado y lleno de sugerencias que en el juicio analítico y definitivo. Sus estudios sobre Nervo —tipo del ensayo crítico ideológico—, sus reparos a la obra de El Pensador Mexicano— tipo de la crítica objetiva—, revelan comprensión y justicia hacia nuestros escritores, precursores o actuales.

Ha predicado; mejor, ha propuesto a los amigos de su país una doctrina de amistad que oponer al tiempo codicioso y rápido. En sus libros, a cada paso, salta el recuerdo de México, el de sus ami-

gos de acá, a los que quisiera ver unidos por sus diferencias tanto como por sus semejanzas.

Los ejemplos de su cariñosa y constante información para todo lo nuestro serían inacabables. Y la resonancia que en su espíritu tienen es máxima. El mismo lo ha confesado con sinceras palabras que no hallaréis en sus libros: "¡Ay, si supiera usted que en el centro de mí mismo da cualquier palabra venida de los míos, de mi México!"

Alfonso Reyes, Hombre de Caminos

Su temperamento, su curiosidad, sus viajes, no lo han limitado —para fortuna nuestra— a un solo trozo de paisaje, a un solo modo de expresión. Veámoslo sobre un promontorio en el cruce de muchos caminos, no sin pensar que, hasta en sus momentos más abstraídos, el hombre de caminos tiene los suyos predilectos.

1924.

Xavier VILLAURUTIA.

Textos y Pretextos.

México, La Casa de España,

1940, pags. 61-71.

ALFONSO REYES EN PARÍS

El amistoso hogar de cultura y de inteligencia que es la *Revue de l'Amérique Latine* me ha encargado de saludar a Alfonso Reyes en nombre de los amigos de la revista. Mi único título para este honor es la admiración ya antigua y esa suerte de tácita amistad que ya le tenía, como tantos otros de sus lectores, antes de conocerle. Por mucho tiempo he sido para él uno de esos amigos desconocidos de los que debe hacer a toda hora, cada día más, por la vasta extensión de nuestro continente. La revista que nos ha convocado denomina a Reyes, con razón, uno de los escritores más amados de América: nada define mejor el sentido de nuestro homenaje. Incluso nos parece que numerosos amigos ignorados le rodean con su presencia impalpable, y que yo no soy sino el intérprete de su murmullo unánime.

Sea, pues, bienvenido a París Alfonso Reyes. ¡Nos hacía falta! No porque no haya estado presente siempre, en sus escritos que tanto se le asemejan, que tienen ese don vivo de sonreír y de dejar comprender mil cosas como un rostro inteligente que estuviera inmediato... Pero no queríamos consolarnos de su ausencia a la manera como el héroe de Queiroz se consolaba de París, diciéndose que lo que París hace de mejor le llegaba por el correo. (Sin duda, los exquisitos libros de Alfonso Reyes son también lo mejor de él. Hay, sin embargo, tantas cosas en él mismo, en su presencia animadora, en su gusto de la amistad...)

Porque Reyes es un amigo encantador. Y es preciso agradecerle que ponga en su conversación deslumbradora, de la cual sacamos alegría y provecho, tantos y tantos menudos poemas, cuentos de mil colores, fantasías, verdades centelleantes, que se forman y deshacen sin tregua en su espíritu infatigable, y que, vivificados un instante por el relámpago de la palabra lúcida, brillan y desaparecen, dejándonos la pena de esas lindas cosas que jamás veremos

dos veces, y que tan atinadamente nos aconsejaba Alfredo de Vigny nos apresuráramos amar.

Pero ya Reyes está entre nosotros. Y nuestro placer se duplica con el suyo, porque sabemos cuánto ama a este país. ¿Quién podría decir si su espíritu hubiera sobresalido tan bien en sus juegos sutiles; si su estilo hubiera alcanzado esa plenitud en la magrura elegante, esa riqueza en el esquilmo, que se crearían incompatibles con nuestra exuberancia nativa; si en sonrisa hubiera tenido esa malicia en la profundidad, esa hondura en lo familiar; si su obra, en fin, hubiera sido la misma, sin su iniciación en el arte, cumplida en París hace doce años, durante la época maravillosa del descubrimiento?

Desde el romanticismo, muchos españoles deben a Francia su españolismo. El de Reyes es más auténtico. Ha consagrado veladas estremecidas de inteligencia ultramoderna a comentar, a hacer revivir ciertos grandes clásicos de nuestra lengua. Algunos viejos autores le deben un retoño de eternidad, si así puede decirse. Reyes, cuyo tiempo es precioso para el arte, para la música de la prosa, para la estética de los caracteres, ha tenido la tentación de consagrar años a la busca de una fecha, a restablecer un verso en su forma original, a fijar una lección... Y algunas veces se ha hundido, prodigiosamente, y con delicias, en el océano de una gota de agua.

¿Era para escapar al sueño por lo que quería darse a la erudición?

Pero su demonio le atisbaba y pronto le empujó de nuevo hacia su famoso "plano oblicuo", que no es solamente el nombre del mejor titulado de sus libros, sino su curiosa línea de vida, una dulce pendiente vertiginosa por la cual se desliza, locamente calmoso y preciso, de la evidencia a la paradoja, de la realidad irónica al sueño trascendental, del hecho ingenuo a la teoría más desconcertante en su justeza. ¡O inversamente! En su inestable y patético equilibrio, hace ondear la imagen de los mundos volteados, más lógicos que en estado natural, y mucho más inteligibles según sus inesperadas matemáticas. E incluso cuando vuelve a caer voluntariamente en

el buen sentido corriente y engañoso, su espíritu es tan elástico, tan finamente agenciado, que se le creería siempre listo para el rebote y la risa incoercible del hombre liberado para siempre... Mas, por eso mismo, a punto estaba de volverse demasiado inteligente... Por suerte, era también un hombre sensible: y un dolor oportuno que alimenta sus nostalgias humanas le hizo poeta compasivo y accesible.

En tiempos de Heine, con los grandes dolores se hacían cancioncitas. El esfuerzo de depuración de Reyes ha sido más heroico: su "Ifigenia", glacial y transparente, está hecha de materia incorruptible. Reyes posee en el grado más alto el arte de las transformaciones que es el de los poetas, y en la vida ordinaria todo lo que le toca lo trasmuta en teoría, lo torna inofensivo. Es un perfecto hombre de letras, y un hombre feliz.

Pero su función de escritor amenazaba absorberle. Y Reyes, a quien toda deformación profesional le divertía tanto, no quería volverse una máquina de aguzar pensamientos.

Una providencia armoniosa velaba sobre su integridad. Y antes de hacerlo ministro y de trasladarlo a Europa, le hizo retornar a México.

Por su experiencia de Europa, Alfonso Reyes conocía ya al hombre moderno, al inventor, al mantenedor de nuestra civilización, al hombre órgano de una función precisa, pieza de rotación constante, arrebatada en un engranaje irresistible. Y, por su oficio, a punto estuvo de volverse el rodaje que produce páginas escritas y hace libros.

Pero regresando al bello México encontró —¡asombroso encuentro!— hombres. Hombres, que no eran, exclusivamente, notarios, políticos, literatos, militares—, porque aun entre los generales hay lo general y lo particular... En esa América del Sur, que felizmente comienza, a pesar de la geografía, en México, halló hombres, capaces de todo, hombres como erizados todavía de posibilidades primarias, aguijoneados por azares infinitos, con el corazón abierto y tendido al viento como la mano del sembrador.

Una esperanza inmensa le conquistó. De ese retorno al suelo natal guardará Alfonso Reyes una fuerza a la vez temeraria e inocente, que osará afirmar la dicha de vivir en los antiguos reinos del sol. ¿Cuándo nos dará su Visión de ese México que acaba de descubrir para sí mismo? Ya su Visión del Viejo Anáhuac es quizás lo más perfecto de forma que ha escrito. José María de Heredia hubiera querido traducir sin traicionarlas esas páginas que condensan y continúan las del conquistador Bernal Díaz. A Flaubert le hubiera gustado hacer pasar por su *gueuloir* esas suntuosas enumeraciones que, solas, sin epítetos, sin nada, son poemas completos, en su enorme fasto y en su relieve sorprendente... Minucioso amor y sentido de la grandeza: Reyes esculpió esas páginas como los aztecas las puertas de los templos. Y en ese cuadro espléndido y neto, ninguna gloria natural ha sido olvidada. Los frutos, los granos, las vituallas, ¡con cuán medido y amplio gesto los vierte desde los multicolores cuernos de abundancia! Magnífica lectura, pero que, ¡ay!, en estos tiempos de vida cara no es de aconsejarse... Nos volvería famélicos...

¡Oh, profusión americana, magnificencia ingenua de los climas dichosos! Por ventura vuestro encanto untuoso no enervó a los conquistadores y pudieron acabar el inventario de esas riquezas desconocidas. Enumeraron todas las cosas indígenas en su lengua, y, describiéndolas en rudas crónicas de una nobleza de temple inmortal, su lengua añadió para nosotros, al lujo de una naturaleza pródiga, una suntuosidad más radiosa.

A su vez, la prosa de Alfonso Reyes, al contacto con esas rudas crónicas, se ha vuelto tan poderosamente castellana para realzar la belleza autóctona desaparecida, que no la echamos tanto de menos. En esas páginas perfectas se siente bien que Reyes junta, a la ternura por el indio vencido, en la alabanza de su genio muerto, el orgullo sabio y sonoro del hablar castellano, que cubre con su majestad el requiem del imperio hundido. De ese legado maravilloso, la lengua, Reyes es uno de los más dignos depositarios.

Y ahora, en París, Alfonso Reyes nos hará un buen servicio.

Cuando franceses curiosos e inteligentes nos pregunten por lo que la América española da actualmente como tipo de espíritu cultivado, como triunfo de la mezcla de la cultura con el hispano-americanismo de sangre y de alma, en lugar de perdernos en generalidades, les diremos simplemente: "Vean ustedes a Alfonso Reyes".

Gonzalo ZALDUMBIDE.

El Universal Gráfico, México,

mayo 7, 1925.